

El otro día me preguntaban por qué se caen las casas. El arquitecto, que es legalmente el responsable, raramente es culpable. Es muy difícil calcular mal una estructura tan repetida como una casa. La posibilidad de error de cálculo es pequeñísima. Entonces, ¿por qué se caen las casas? Por un error en el proceso de la construcción o por un defecto en los materiales utilizados. La prisa por acabar la obra puede provocar su destrucción si no se observa la secuencia temporal que los materiales exigen. También puede suceder que el proceso constructivo sea correcto y la casa caiga: es que los materiales usados son defectuosos.

El problema no está en la competencia del arquitecto en su oficio de diseño. El problema está en la obra. Antes, el arquitecto montaba su taller en la obra; cuando la obra se acababa el arquitecto levantaba su taller para instalarlo en otro sitio, junto a un nuevo encargo. Así trabajaron los maestros del Renacimiento. Gaudí fue uno de los últimos arquitectos de esta cuerda: estaba en la obra y a veces dirigía la colocación de un ladrillo; cuando murió tenía su taller en las obras de la Sagrada Familia y vivía allí. Pero aquéllos eran tiempos en que la población mundial crecía suavemente, los 200 millones de hombres que había en tiempos de Jesucristo pasaron a 1.000 millones en mil ochocientos años, pero se han triplicado en los últimos ciento cincuenta años. En los próximos treinta años van a nacer 3.000 millones más. En tal coyuntura es imposible pretender que un arquitecto se dedique a una sola casa hasta terminarla. No hay suficientes arquitectos en el mundo para atender la enorme demanda de construcción, de modo artesanal, como hacían los arquitectos del Renacimiento. La solución ha de ser doble: eliminar las dificultades innecesarias en la Universidad y educar tantos diplomados como sea posible. Entiendo por dificultades innecesarias el limitar el número de arquitectos que salgan cada año por algún motivo extra-académico. El mundo necesita todos los diseñadores, urbanistas y planificadores que pueda tener. Otro aspecto de la solución está en elevar el nivel intelectual y técnico de los maestros de obra. El jefe de los albañiles y constructores, que está siempre en la obra, es la persona mejor situada para controlar el que la construcción siga la secuencia temporal técnicamente adecuada y que los materiales usados sea satisfactorios. Si a pesar de su cuidado se producen imprevistos, él debe estar capacitado para tomar decisiones en el momento. Cuando una columna se agrieta hay que hacer algo más que llamar al arquitecto y esperar.

El problema crucial de la arquitectura no es, sin embargo, que caiga un edificio de cada 10.000 que se construyen. El problema grave, porque nos atañe a todos, es la mayor o menor alienación en la forma de obtener una vivienda. Hasta el enorme salto demográfico de la revolución industrial la gente se construía ella misma la vivienda con ayuda de albañiles de oficio y del maestro de obras local. Los pueblos crecían poco a poco, las gentes usaban los materiales del lugar y las formas de arquitectura vernácula repetidas durante siglos. En una exposición celebrada en el museo de Arte Moderno de Nueva York, Bernard Rudofsky presentó esta «arquitectura sin arquitectos». El libro publicado conteniendo las fotos demuestra la plau-

sibilidad de la idea —hoy tachada de utópica— de que cada persona intervenga directamente en la construcción de su casa. Mikonos, Mojácar o Positano se hicieron así.

Con el enorme aumento demográfico traído por la ciencia es más difícil continuar esta manera personal de construir. Pero, cuidado, aquí está el nudo del problema: la dificultad no es sólo la gran cantidad de vivienda nueva que se necesita, sino también la actitud especialista y compartimentadora de nuestra cultura. Sólo han de construir los constructores, y si usted es un empleado de seguros no piense en el diseño de su vivienda; pague una cuota al mes y una empresa a la que usted no conoce de nada se ocupará de hacerle su casa. La casa, que es quizá el elemento cultural más personal e íntimo, se la prepararán a usted unos señores que ni le conocen y a los que jamás volverá a tratar después de firmar las letras. Que algunos se sientan a gusto en «su casa» en tales condiciones prueba una vez más que la capacidad de adaptación humana es casi beatífica.

En los países avanzados la pintura y la escultura son ya libres, puesto que cualquiera puede producir cualquier tipo de estructura y mostrarla. En arquitectura, sin embargo, esta libertad

tonioni en sus películas. No sin misterio, Antonioni siente especial delectación por el paisaje arquitectónico. Vivimos en el borde de una gran sima histórica, y por eso estamos divididos nosotros mismos entre el deseo de tener un paisaje íntimo, elegante, detallista y bello y una compulsión oscura a salir del planeta hacia mundos nuevos. Quizá la calidad abstracta, monótona e impersonal de nuestra moderna arquitectura sea un reflejo de la angustia que sentimos ante el vacío, una especie de plasmación visual que emana de nuestra psique indecisa, como si no supiéramos a dónde ir.

El principio detrás de la arquitectura funcional debe ponerse en cuestión y es preciso considerar como una alternativa el principio del barroquismo: espontaneidad, improvisación, flexibilidad, «complejidad y contradicción», como pide Robert Venturi. En el límite, el inquilino, viviendo en un bloque, debería tener la libertad de asomarse a la ventana y, alargando el brazo hasta donde llague, arrancar el estuco, rasgar los ladrillos o pintarlo todo de rosa, si quiere; de modo que, desde la calle, cualquiera pueda ver de lejos que allí vive un hombre diferente de sus vecinos. Debería poder tirar tabiques y hacer cambios, llenar sus habitaciones de polietileno o de tierra, aunque al

nar un conflicto de tendencias: tener un ritmo de menor progreso material o menos fragmentación vital. Aceptar cierta ineficacia a cambio de una vida más integrada, una posibilidad mayor de intervenir personalmente y decidir en las cosas que atañen directamente a la vida de cada día. Evidentemente, mucha gente no tiene las menores ganas de construirse su casa, pero para los que sí las tienen o al menos quieren intervenir de cerca en los detalles es preciso cuestionar el exclusivismo de la ideología especialista y tecnocrática. ¿Cómo proporcionar arreglos sociales para que los que lo deseen construyan su propia casa, taller o escuela? Este es, a mi modo de ver, el problema más relevante que se plantea la arquitectura en 1970.

Existe ya un principio de respuesta: el «pattern language» de Christopher Alexander. Consiste en un conjunto de soluciones de diseño, las «patterns», que combinándose producen el diseño del sistema deseado: una casa, un hospital, un pueblo. Estas «patterns» son los átomos de la estructura ambiental. La idea es que cualquier persona inteligente, en posesión del lenguaje de «patterns», puede diseñar el edificio que desee. Es un intento de explicitar las soluciones de diseño que están en la cabeza de los buenos arquitectos para volverlas a usar y mejorarlas. El método de Alexander no acarrea uniformidad ni monotonía porque, como en todo lenguaje, las palabras y las reglas sintácticas son las mismas, pero las frases que pueden formarse son casi infinitas. Este sistema intenta conseguir que pueda diseñar cualquiera, aunque los programas sean complicados. La idea no es nueva: el método ya era usado en la arquitectura vernácula a que antes aludía. En Mikonos, Mojácar o Positano se ve que la construcción procedió usando un mismo lenguaje de formas arquitectónicas y materiales, y que éstos, en sus múltiples combinaciones, adaptándose al terreno y la personalidad de los individuos, resultan en la diversidad dentro de una unidad global. El problema hoy es que los arquitectos tienen a su disposición toda clase de formas procedentes de culturas y programas diversos y todo tipo de materiales que, a menudo, usan indiscriminadamente y mezclándolos con entusiástica falta de criterio. El resultado es el caos, la fealdad, mal gusto y nuevo-riquismo de buena parte de los barrios nuevos del mundo. La ironía de todo esto es que, a pesar de la abundancia de posibilidades formales, la arquitectura nunca ha sido tan aburrida y homogénea: arquitectura de un panorama vacío y promiscuo donde no se distingue un hospital de un bloque de viviendas, una fábrica de una escuela o un banco de una sala de conciertos. Sólo se distinguen, oro, cristal y hierro, los rascacielos asépticos, sus paredes muertas, como pantallas de televisión vacías, cabalgando sobre la ciudad. «No sabemos cómo celebrar porque no sabemos qué celebrar», decía Peter Brook comentando el teatro actual. La queja es traducible al urbanismo. Los edificios y los espacios han de ser símbolos no sólo de su función, sino de los deseos, emociones y experiencias vitales de quienes los usan y construyen. Una casa de Wright es más que una buena interpretación del programa de su cliente: es un comentario sobre la vida en el hogar. No la necesidad, sino el deseo, como proponen Louis Kahn, debe guiar el diseño. No la función, sino el rito. Porque el rito es la poética de la función. ■ LUIS RACIONERO.

POR QUE SE CAEN LAS CASAS

fundamental de construir no existe. La arquitectura, en el mundo occidental, ha sucumbido a la misma censura que la pintura en Rusia. No debería limitarse el deseo individual de construir: todo el que lo deseara debería poder construir y ser él mismo responsable de su vivienda. La organización social debería favorecer este objetivo como uno más de los fines de la economía del bienestar. Sería una manera de detener el proceso actual por el que las personas se mudan a los bloques de pisos como gallinas entrando en el ponedero. La inhabitabilidad tangible y material de las barracas puede ser menos siniestra y neurotizante que la inhabitabilidad moral de la moderna arquitectura «funcional». Estoy pensando en los enormes bloques, bastardos de Le Corbusier, que rodean nuestras mayores ciudades. En los barrios de barracas sólo está oprimido el cuerpo humano, pero en la arquitectura moderna (que pretende ser construida para el hombre) el espíritu está oprimido. Cuando uno recorre los barrios nuevos de las ciudades del mundo no le sorprende que el número de neuróticos haya aumentado y que la violencia y la delincuencia juvenil estén batiendo «records». El vivir en suburbios de chabolas deja a muchos con la salud debilitada o con cierto «incivismo»; pero al menos aquél es un ambiente que exige y desarrolla el ingenio, la limpieza del perro callejero. En los nuevos bloques de pisos la violencia va de fuera adentro; no hay ingenio: uno anda por un corredor largo y vacío hasta su puerta; un corredor largo como los de las escuelas, largo como los pasillos de los hospitales; el paisaje del hombre moderno adquiere una sensación de interminables comunicaciones vacías. Esta es la impresión que capta y comunica magistralmente An-

hacerlo la «armonía arquitectónica» sufriera. Aunque no se llegue a esta situación extrema, es preciso considerar la alternativa de una mayor integración del usuario en la construcción de su casa. Porque en el presente sistema sucede simplemente que:

1. El arquitecto o su diseño no tienen relación con la obra terminada. Ni el mayor genio arquitectónico puede predecir o seleccionar sus inquilinos. El tan aludido elemento humano en arquitectura es sólo un buen deseo, porque las medidas y decisiones de diseño se basan en el hombre medio de las estadísticas y encuestas.

2. El albañil no tiene relación espiritual con su obra. Si, por ejemplo, decide variar (aunque sea un poco) la construcción de una pared según su opinión personal (si es que la tiene), es despedido. Además, como él no va a vivir en esa casa, es lógico que no piense en cómo mejorarla.

3. El inquilino no tiene ninguna relación con la estructura, ya que él no la diseña ni la construye, sólo la habita. Sus necesidades humanas, su espacio humano, seguramente son muy diferentes de lo que le ofrece la estructura. Y esto sucede aunque el arquitecto y el albañil sigan escrupulosamente las especificaciones del futuro usuario. Porque es imposible, mejor dicho erróneo, planear un «happening».

Pero, ¿cómo es posible en nuestro tiempo y con la avalancha constructiva provocada por la explosión demográfica que el arquitecto, el albañil y el inquilino sean una misma persona? Este dilema es la pregunta crucial, tema recurrente al que conducen las críticas al sistema actual. Progreso implica especialización; pero la especialización fragmenta la experiencia humana y aliena. Es menester solucio-